

Chema Álvarez, msc

Vive

...y favorece la vida



Desclee De Brouwer

CHEMA ÁLVAREZ, msc

¡Vive!
...y favorece la vida

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2017

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
-------------------	----

PRIMERA PARTE

LAS REGLAS DE LA VIDA

I. EL “LIBRO DE INSTRUCCIONES”	21
II. LA FRAGILIDAD DEL BEBÉ	25
III. UN PROCESO NATURAL Y AUTOMÁTICO	29
IV. EL “PUNTO DE REFERENCIA”	33
V. DE LO INVENTADO A LO AUTÉNTICO	39
VI. VER CON LOS OJOS DE DIOS.	45
VII. LA MIRADA DE JESUCRISTO.	49
VIII. DE INTERESES, COMPROMISOS Y ALIANZAS	53
IX. VÍNCULO DE INTIMIDAD QUE SE EXPANDE	57
X. VIVE Y FAVORECE LA VIDA.	61

SEGUNDA PARTE

VIVE

I. ¿QUÉ ES LA VIDA?	69
II. EL ENTRAMADO DE LA EXISTENCIA	73
III. GOZO Y SUFRIMIENTO DE LA EXISTENCIA	77
IV. LA VIDA COMO EXPERIENCIA.	81

V. LAS “CIRCUNSTANCIAS”	85
VI. LOS “PROGRAMADORES”	89
VII. LIBERARSE	93
VIII. LA FE COMO LIBERACIÓN	97
IX. A VUELTAS CON LA MUERTE	101
X. VIVE ...¿Y DEJA MORIR?	107

TERCERA PARTE

FAVORECE LA VIDA

I. EL SENTIDO DE LA VIDA	113
II. EL RIESGO Y EL ACIERTO DE LA INDEPENDENCIA .	117
III. EL PLAN DIVINO: DEDUCCIONES.	121
IV. EL PLAN DIVINO: REVELACIÓN.	127
V. EL TALANTE DEL REINO	131
VI. DE SIERVOS A HIJOS Y AMIGOS	135
VII. ¿LA VIDA SIGUE IGUAL?	139
VIII. APTITUDES Y ACTITUDES.	145
IX. DANDO SENTIDO A LA VIDA	149
X. ¡VIVE! ...¡Y FAVORECE LA VIDA!.	153
EPÍLOGO	161

PRÓLOGO

Es habitual que pasemos indiferentes ante el resto de la vida –el común de la existencia de la que formamos parte– y que solo parezca importarnos lo nuestro y lo que tiene que ver con ello. Pero lo cierto es que incluso en esto de lo propio obramos también con una cierta indiferencia. Y es que no parecemos ser conscientes de la inter-relación de todo y de nuestra obligada comunión con ello; como tampoco reconocemos la dignidad de ese todo, y a veces ni tan siquiera la nuestra, que la tenemos muy por encima de lo que podamos imaginar. Una dignidad que no es sino el don mismo de la existencia y que se fundamenta en su procedencia divina. Pues nuestro origen es el propio de este Cosmos al que pertenecemos, de manera que compartimos la misma dignidad con la que su Creador lo ha investido.

Esa procedencia de Dios y ese participar de un proyecto creacional común nos otorga una dignidad que debiéramos reconocer y valorar, si no como creaturas diferenciadas al menos como piezas necesarias en un conjunto en el que nuestra existencia es apreciada por el resto y valorada de acuerdo con un proyecto que nos supera. Esto lo hacemos cuando respetamos la tierra que pisamos y el aire que respiramos, el espacio que

habitamos y las criaturas con las que compartimos la existencia. Y además de ser dignos de ese don le correspondemos cuando unimos a ese respeto, que es ya un interés, la capacidad que tenemos de amar la vida, la propia y la ajena. Porque respetar es solo el primer paso que conduce a la meta del verdadero amor. Y quien no es capaz de respetar, de aceptar que todo lo que le rodea merece vivir y ser ayudado en esa tarea, no podrá participar de la celebración del amor que es entendimiento y comunión de todo y con todo lo que existe.

Yo soy digno de vivir y de transmitir vida solo cuando comprendo y acepto estas reglas, cuando no solo vivo sino que favorezco la vida. Por eso el “vivir y favorecer la vida” es la actitud coherente de todo aquel que viene a la existencia y tiene capacidad para comprender este hecho y voluntad para decidir obrar o no así. Las otras criaturas, las que no tienen el don añadido de la reflexión y la volición, ya actúan de esta manera inconscientemente porque están programadas para hacerlo. Por esa razón la evolución ha sido posible, porque de lo más simple a lo más complejo, de lo ínfimo a lo inconmensurable, todo ha estado bañado siempre de ese impulso invisible pero real de vivir y hacer posible la vida.

Pero en nosotros, en las criaturas que nos llamamos y somos “rationales”, este impulso evolutivo cede protagonismo a nuestra mente y a nuestra alma, porque ambas pueden decidir y orientarse con un margen de liberalidad que es otro logro evolutivo. Como si, de pronto, esa evolución a la que “Alguien” le encomendó la tarea de acrecentar y orientar la existencia en este Cosmos, en esta peculiar dimensión que habitamos, se prolongara a sí misma mediante unos cauces nuevos. Caudales que añaden la peculiaridad de poder optar

libremente por un camino u otro, por la senda del egoísmo o la del desprendimiento, la de lo particular o la comunitaria, superando el condicionante del instinto. Como si ese “Alguien” que puso en marcha todo se hiciera a un lado para dejar paso a su creación. O, en clave cristiana, como si el Padre confiara a sus hijos la herencia que para ellos ha acumulado, confiado en que sabrán disfrutarla y que de ella obtendrán réditos inesperados.

Ser “criaturas dignas” de lo dicho antes supone vivir en consonancia con la responsabilidad inherente a la existencia, en comunión permanente –y obligada– con el resto de la Creación. Todos los seres que conocemos, desde el más pequeño virus a la mayor de las galaxias, así lo practican, pero su cumplimiento es automático además de impuesto y no tiene por tanto especial mérito. En nosotros, los que nos llamamos “humanos” y nos reconocemos como tales, sí que lo tiene, porque lo que hacemos nace de nuestra particular intención y espoledo por intereses que no siempre coinciden con los del resto. Por eso tiene su mérito y, a la vez, su recompensa especial, porque si el premio genérico que tiene la vida por el hecho de vivirla es la vida misma, en nosotros la gratificación supone algo más. En primer lugar, *la conciencia misma del vivir*, que ya es todo un beneficio añadido. En segundo lugar, *la manera de vivir*, que uno puede y debe escoger para gratificarse a sí mismo al tiempo que en sintonía con los demás (lo cual nos lleva a considerar el absurdo de vivir según los intereses de otros, tal como muchos hacen). En tercer lugar, *la intencionalidad del vivir*, que debiera orientarse siempre a experimentar la felicidad para la cual se nos ha preparado (no el placer, que es normalmente el estímulo para ambicionar la felicidad). Y, en cuarto lugar, *la conclusión*

misma de nuestro existir, que no es lo que vulgarmente se entiende por “muerte” sino el trascender a otra dimensión, a otra realidad, más propia del espíritu que anima nuestra materia.

Ese último apartado es el que nos lleva a considerar el mayor de los dones que hemos recibido, de la dignidad con la que se nos ha bendecido. No somos “seres para la muerte”, como decía Heidegger, sino “para la Vida”, y esa es una dignidad que tenemos que reivindicar por encima de cualquier otra, porque la sustenta y condensa a todas. Ciertamente: quien comprende que su grandeza está en vivir eternamente y de acuerdo con unas condiciones que van más allá de estas apariencias materiales en las que actualmente nos desenvolvemos, tiende a instaurar en su vida esa dignidad suprema que abarca las demás. Porque quien valora esa eternidad y el Amor que la inspira no puede ya vivir aferrado a quereres pasajeros ni a proyectos temporales. Somos hijos de un Padre que nos ama eternamente –no solo en un instante creacional–, criaturas capaces de experimentar, transmitir e incluso crear, la belleza y el amor, que son categorías que trascienden este tiempo y este espacio en los que momentáneamente nos desenvolvemos.

Vivir y favorecer la vida es ser conscientes de la grandeza que encierra nuestra actual fragilidad y adecuar nuestra acción a una realidad que nos trasciende, que no la podemos ver ni palpar pero que la intuimos con todas las fuerzas de nuestro corazón y de nuestro espíritu. Y es que quien nos ha creado ha puesto en nosotros el impulso y la capacidad de vivir en comunión con todo lo existente, pero trascendiendo tanto el gregarismo o el sometimiento propios de las criaturas que no pueden pensar como el individualismo secesionista de las que sí

piensan y deciden. El común de los seres que conocemos practican este axioma de vivir y favorecer la vida, pero lo hacen automáticamente, sin posibilidad de comprenderlo ni mucho menos de aceptarlo o desearlo. Nosotros sí que conocemos este plan divino y podemos entrar en él voluntariamente. Es lo que dice el evangelista san Juan cuando afirma que «Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1Jn 4,16).

Por eso está bien traído aquello de que «Hay dos grandes días en la vida de una persona: el día en que nace y el día en que descubre para qué». Y en las páginas que siguen intento ayudar en ese segundo paso mediante tres partes que, respectivamente, proponen lo ya dicho antes sobre la gratificación añadida que la vida tiene para nosotros, los humanos: la consciencia del vivir (“Las reglas de la vida”), la manera de hacerlo (“Vive”) y su intencionalidad y conclusión (“Favorece la vida”). Es una reflexión que se propone a creyentes, cristianos por más señas, pero que puede ser también válida para quien la lea desde otra óptica. Esto se explica en el epílogo, y a él remito a quien pretenda aprovecharla en ese sentido.

PRIMERA PARTE

LAS REGLAS DE LA VIDA

«Hemos aprendido a volar como pájaros, a nadar como peces, pero no hemos aprendido el arte de vivir juntos como hermanos».

Martin Luther King

* * *

«Ninguno de nosotros estamos aquí para “hacer lo que nos plazca”, o para crear un mundo en el cual podamos hacer lo que queramos; estamos aquí para cumplir con los deseos de lo Divino y para crear un mundo en el que la Voluntad divina pueda manifestar su verdad, ya no más deformada por la ignorancia humana o pervertida por los retorcimientos y malas interpretaciones del deseo vital».

Sri Aurobindo

* * *

«...Pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo».

Jeremías 31,33

I

EL “LIBRO DE INSTRUCCIONES”

Es lo primero que nos preguntamos en cuanto nos atrevemos con alguno de esos múltiples cachivaches electrónicos con los que hoy se pretende favorecer nuestra vida cotidiana: ¿dónde está el libro de instrucciones? Pues aunque hay personas especialmente dotadas para comprender lo incomprensible y otras que ya le han cogido el tranquillo a estas tecnologías, el común de los mortales seguimos necesitados de unas explicaciones que no siempre son diáfanas, incluso para montar un mueble de “IKEA”. Es comprensible, dado que no todos tenemos la misma y elevada capacidad de conocimiento y que cada novedad tecnológica resulta más compleja que las anteriores en su afán por ofrecer mayores prestaciones.

Sin embargo, es curioso que esta búsqueda de explicaciones no la extendamos a algo tan importante como es la propia vida. Sí, porque somos usuarios de una existencia bastante más compleja que la suma de esos cachivaches electrónicos que decía antes; y una existencia, por encima, tan imbricada con todo lo demás que por fuerza requeriría una verdadera “enciclopedia” de instrucciones. Pero, por razones que luego desgranaremos, el caso es que no parece preocuparnos mucho este tema y, aunque a veces en nuestro fuero interno echemos en

falta explicaciones, andamos por la vida saliendo del paso como podemos. Y tropezando, sí, una y otra vez en las mismas cosas y arrastrando conflictos que demuestran la carencia de una guía clara de comportamiento.

Se impone, pues, lo de recurrir a una guía que oriente al común, por más que se venga haciendo, por caminos y medios dispares, desde el momento mismo en que el ser humano se atrevió a salir de sí mismo y hacerse con una realidad externa a él. Porque es ya una tradición familiar y social el contar con una enseñanza que vaya desde los detalles más elementales de la existencia a los más complejos de la coexistencia. Y porque necesitamos crecer y vivir como individuos y también medrar y convivir como seres sociales que somos. La familia, la tribu, la sociedad... son portadoras de un aprendizaje de siglos y por ello transmiten rutinariamente una enseñanza que creen necesaria para la vida, de manera similar a como lo hace cada célula de nuestro cuerpo con las que le continuarán. Con la clara diferencia de que estas transmiten indefectiblemente lo esencial, mientras que aquellas pueden optar entre un abanico de posibilidades entre las que no siempre destaca lo más importante. Razón por la cual hay pueblos y culturas que progresan de manera que diríamos “correcta”, mientras que hay otros que tienden a estancarse en aspectos que debieran ser secundarios. Lo mismo que, a su nivel, hay familias e individuos que evolucionan con mayor o menor acierto en la vida, como es fácil comprobar.

Claro que también habrá quien diga que sí que llevamos incorporado ese supuesto “libro de instrucciones” para la vida (¿la conciencia?), por encima de las enseñanzas familiares y sociales, pero que no le hacemos mucho caso porque no nos cae del todo bien esa

especie de “Pepito Grillo” que no deja de reconvenirnos. Como hay otros que dicen que es imposible seguirlo, porque ha quedado definitivamente desplazado por esos sucedáneos con los que la familia y la sociedad pretenden guiarnos, como luego comentaremos. Pero en ambos casos lo que se hace es justificar una inacción que en nada nos favorece. Por mi parte, soy de los que opinan que ese “libro” tan necesario lo llevamos ya incorporado en su mayor parte y que, en buena medida también, se encuentra fuera de nosotros. Y es por eso que descubrirlo, hacernos con él y poderlo aprender y usar adecuadamente, nos obliga a un doble trabajo tanto de introspección como de búsqueda externa, que ha de llevarse a cabo con una buena dosis de interés y de esfuerzo.

Y este trabajo merece la pena porque a la vista está la desorientación con la que millones de personas viven su existencia, haciéndose retóricamente –si es que se las hacen– las clásicas preguntas de siempre: “quién soy”, “de dónde vengo”, “a dónde voy”... pero sin entrar a fondo en las consiguientes respuestas. Y, fuera ya de tópicos, viviendo una cotidianeidad marcada por la rutina de unas preocupaciones elementales que giran en torno a la salud, el dinero y el amor, como resumía aquella vieja canción que sigue siendo de actualidad por más que las nuevas generaciones la desconozcan. Cambia el decorado, pero las inquietudes son las mismas aunque se las disfrace de modernidad y progreso o se pretenda acallarlas con multitud de distracciones; o, peor aún, suplirlas con meros placebos religiosos, filosóficos o culturales.

Por esta razón, y otras más que fácilmente pueden deducirse, entiendo la necesidad de caer en la cuenta de

la ignorancia generalizada de este “Libro de instrucciones para la vida” y de tomarse en serio, por lo tanto, el buscarlo y encontrarlo, lo mismo para beneficio particular que para provecho de una sociedad que igualmente se beneficiará de esos descubrimientos, como ya lo viene haciendo en otros campos. Es la reflexión que me hago en las páginas que siguen, con la intención de ayudar a otros como a mí me ayudó el hacer esa búsqueda y ese encuentro, partiendo de la base de que la vida –la propia y las ajenas– es algo demasiado importante como para vivirla sin haberle encontrado un sentido. Sentido que, por lo pronto, motiva lo que hacemos además de orientarlo en una dirección gratificante y fructífera. Pues solo quien tiene razones propias para hacer lo que hace es coherente con su condición humana de ser pensante y hace de su vida una verdadera proyección de sus capacidades y sus inquietudes. Y siempre es y será mucho más de lo que parece a simple vista todo lo que todo hombre puede aportar a la Creación que le ha llamado a la existencia, además del beneficio personal que él pueda obtener en ese empeño.

De esta manera, igualmente, damos el primer paso de lo que sería esa gratificación añadida que nos concede la existencia al ser capaces de conocerla y valorarla, tal como dije en el prólogo: el *tomar consciencia de la vida*. Es algo tan elemental que sorprende el que haya que recordarlo, pero está claro que al común se le pasa por alto, pues transita la existencia tal como sugería John Lennon cuando decía que «La vida es aquello que pasa mientras estamos muy ocupados haciendo cosas». Por esa razón será el tema de esta primera parte el caer en la cuenta de la vida que nos traemos entre manos, por así decir, analizando sucintamente sus reglas y atisbando de manera genérica lo que nos propone.